

CENTENARIO

DEL

CÍRCULO DE RECREO

T. 1335417 C.

CENTENARIO

DEL

CÍRCULO DE RECREO

1844-1944

VALLADOLID

1945

CENTENARIO

DEL

CÍRCULO DE RECREO

1844-1944

VALLADOLID

TALLERES TIPOGRÁFICOS «CUESTA», MACÍAS PICAVEA, 20.—VALLADOLID

R.186057

ALGUNOS DATOS PARA LA HISTORIA DEL CÍRCULO DE RECREO

Fundación.

El Círculo de Recreo, con el nombre de Círculo de Valladolid, fué fundado en el mes de Octubre de 1844. Lo constituían 72 socios y lo comenzó a regir una comisión directiva interina formada por D. Antonio Arriete, Presidente; D. José del Olmo, Tesorero; D. José Francés de Alaiza, Secretario; D. Ramón A. Vilardell, Contador; y D. Calixto Fernández de la Torre y D. Esteban Guerra, Vocales.

La primera plantilla de personal la constituían: el Conserje, D. Joaquín García; el cocinero, D. Patricio Salmerón y los mozos Francisco García, Bernardo Ovejas y Andrés Voto. Su nómina importaba 840 reales mensuales.

El número de socios aumentó a 106 en 1.º de Enero de 1845. Pagaban 200 reales de entrada y 8 reales mensuales.

Sede de la Sociedad.

Ocupó el Círculo, al constituirse, los pisos principal y segundo de la casa n.º 41 de la Acera de San Francisco, cuyo propietario era D. Pedro Ochotorena. Con él se firmaba el 1.º de Octubre de 1844 el oportuno contrato de arrendamiento, en el cual se señalaba como

precio de alquiler el de 15 reales diarios, pagados por mensualidades vencidas.

Las primeras suscripciones a la Prensa.

Los primeros periódicos a los que figuró suscrito el Círculo fueron, los nacionales: «El Eco del Comercio», «El Heraldo», «El Clamor Público» y «El Globo». La Prensa extranjera estuvo representada por: «Le Journal de Débats» y «Le Constitutionnel». La suscripción a todos ellos se hacía por mediación del industrial D. Mariano Rodríguez.

Asimismo se suscribió el Círculo a las Revistas: «Ambos Mundos», «Revista Británica», «Museo de Familia», «Semanario Pintoresco», «Revista de Madrid» y «Revista de España y del Extranjero».

El primer balance.

La Sociedad se desenvolvió sin dificultades en el primer año, 1845, siguiente al de su fundación, pues el balance se cierra con 1.371,33 reales de existencia. Sin embargo causa extrañeza el que figuren en este año como bajas el que aparece como primer socio Sr. Imaz, el profesor y político D. Claudio Moyano y el que fué primer Presidente D. Antonio Arriete.

Laguna en la documentación.

El primer edificio propio.

En el archivo de la sociedad falta toda documentación en los años que transcurren hasta el de 1853. En el año siguiente, 1854, la sociedad deja de ser arrendataria del Sr. Ochotorena y traslada su sede a un edificio propio situado en la calle de Olleros (después Duque de la Victoria) formando ángulo con la de la Constitución, es decir, en un emplazamiento que constituía parte del solar en que se asienta el Casino actual. El solar había sido adquirido por

compra a D. Gregorio Becerra Ortega; tenía 8.898 pies cuadrados y se pagó por él el precio de 44.490 reales de vellón. Por parte del Círculo intervinieron en el contrato D. José Marín, D. Toribio Lecanda, D. Pío Sánchez de Cueto, D. Juan Sigler, D. Toribio Queipo de Llano, Don Antonio Iturralde y D. José Terán.

Venta del edificio.

No le duró mucho al Círculo su situación de propietario del edificio que ocupaba. Sin duda el esfuerzo realizado superó a los cálculos previstos y el 28 de Setiembre de 1854, la Junta Directiva reúne a la Junta General y da cuenta de la existencia de un pasivo que ascendía a 380.879 reales. A propuesta de D. Juan M.^a de Quevedo se tomó el acuerdo de enajenar el edificio y así se hizo, en subasta pública, adjudicándosele a D. Toribio Lecanda. El precio fué de 376.735 reales, cantidad que, en el momento de la subasta era la que adeudaba el Círculo. Este se comprometía además a organizar cada año un número determinado de bailes, la mitad de cuyo producto líquido había de ser para el propietario señor Lecanda, estimándose en unos 6.000 reales lo que recibiría anualmente por tal concepto. Tal cláusula, mal llevada siempre por los socios, dió lugar a una serie de incidencias, primero con el señor Lecanda y más tarde con D. Víctor Laza, representante de sus herederos; incidencias que terminaron con el laudo dado como amigables componedores por los Letrados Dr. D. Manuel López Gómez y Ldo. D. Bernabé Merino.

La historia política del siglo XIX en la documentación del Círculo.

La marcha de los acontecimientos políticos del siglo pasado ha ido dejando algún reflejo en los papeles del archivo del Círculo. Así en 1868 la Sociedad contesta a una comunicación del Alcalde-Corregidor de la ciudad para que ésta comunicase diversos

extremos sobre su finalidad, constitución y permiso de instalación, respondiendo que tenfa como único y exclusivo objeto proporcionar a sus 315 socios de número y 207 de mes, los recreos y distracciones propios de una buena sociedad, huyendo siempre de todo acto o discusión que tuviera tendencia política, así como de cualquier hecho contrario a lo prevenido en las Leyes del Reino o que pudiera ofender el decoro de personas bien educadas. En la documentación de los años que median entre 1868 y el de la Restauración de 1876, figuran como muestras del reflejo antes aludido: una comunicación del Gobernador D. Francisco R. Rubio, esperando que la Junta Directiva asista a la Promulgación de la Constitución de la Monarquía Democrática Española que se verificaría el 6 de Junio de 1869, otra de 30 de Diciembre de la misma autoridad comunicando urgentemente al Presidente del Casino el atentado de la calle del Turco contra el General Prim. Otra comunicación del Gobernador de 16 de Diciembre de 1870 trasladaba un telegrama del Sr. Ministro de la Gobernación anunciando el resultado de la votación para designar Monarca de España. El 2 de Enero de 1871 otra comunicación también del Gobernador traslada el telegrama en que el Ministro de la Gobernación da cuenta de la entrada de D. Amadeo, su oración ante el cadáver de Prim en Atocha y la declinación de los poderes del Regente.

No hay después nuevas comunicaciones gubernamentales y ya la Restauración de 1876 queda únicamente reflejada por el donativo de 2.000 reales que el Círculo hizo al Ayuntamiento para los soldados heridos y familiares de los muertos en las guerras del Norte; y por la colocación de una iluminación en honor del Rey Pacificador en la fachada del edificio.

El pianista desconocido. Celebrábanse ya por esta época fiestas y conciertos de gran brillantez. Para la elección de los concer-

tistas, parece que la Junta exigía ciertas garantías que en un caso determinaron una solución que vista a distancia resulta pintoresca. En Enero de 1874, se denegaba la pretensión de un joven pianista que deseaba dar un concierto en los salones del Casino «por no ser acompañado de persona que garantizase sus conocimientos». Este joven pianista se llamaba Isaac Albéniz.

Intentos de mejora de local. La creciente prosperidad del Casino, cuyo número de socios había

El agua y la luz eléctrica. aumentado mucho, hizo pensar en la necesidad de mejorar el edificio o comprar otro de mejores condiciones. En el año 1879 se hicieron gestiones en los dos sentidos: adquisición de alguna de las casas colindantes o compra de la casa palacio de Ortiz Vega (actual Banco Castellano). No se tomó ninguna decisión, sin embargo, hasta el año 1886 en que se opta por la reforma del edificio, a cuyo efecto la Junta encarga el oportuno proyecto al arquitecto Don Teodosio Torres, pero las obras no se llevaron a efecto por discrepancia con el dueño D. José Antonio Pintó, nieto político de D. Víctor Lara.

Dos mejoras importantes se introdujeron en el año siguiente de 1887: la traída de aguas del Canal del Duero y la sustitución del alumbrado de gas por el eléctrico.

El Casino y las guerras coloniales. En el año 1896, en el mes de Noviembre, la Junta directiva, compuesta en aquel entonces por personas que posteriormente desempeñarían muchas de ellas importantes cargos políticos, propone a la General, y ésta aprueba, que el Círculo de Recreo contribuya con 40.000 pesetas al empréstito nacional. La proposición terminaba con este párrafo: «Señores Socios, dichosos vosotros que estáis en condi-

ciones de saludar desde aquí con tal puñado de pesetas, que apenas os significan nada, a esa juventud hermosa, lo más sano y lo más florido de la Patria, que por la Patria lo da todo y por la Patria lucha y por la Patria muere entre proezas épicas en Cuba y Filipinas». Firman: Francisco M.^a de las Moras, Presidente; José de Reynoso, Vicepresidente; Santos Vallejo, Tesorero; Emeterio Guerra, Vocal suplente de contador; Alfredo Queipo, Vocal suplente de tesorero; Moisés Carballo, Bibliotecario; Santiago Alba, Vicebibliotecario; Cesáreo Aguirre, Vice-secretario y Luis Antonio Conde, Secretario.

**Derribo del edificio
e instalación interina.**

En Junta General
extraordinaria de 11 de
Noviembre de 1889 se da

cuenta de que el edificio social presentaba señales evidentes de peligro de ruina, y aun cuando se acordó en principio la realización de obras de reparación, el propietario comunicó más tarde su decisión de derribar totalmente el inmueble para construir otro de nueva planta. Ante esta situación, si bien se hicieron gestiones solicitando la hospitalidad en los locales del Círculo de Labradores, que éste ofreció con gran cortesía y desprendimiento, se arrendó al fin para sede interina de la sociedad el piso principal izquierda de la casa número 2 de la calle de Alfonso XII, propiedad de D. Carlos Santamaría, y los almacenes de la casa número 15 de la calle del Duque de la Victoria, que se pusieron en comunicación con el citado piso.

El edificio actual.

El día 10 de Julio de
1900, ante el Notario don

Ignacio Bermúdez Sela, se otorga la escritura de nombramiento por la que el Casino pasa a ocupar el nuevo edificio que en el solar del derribado habían construido los dueños D. José Antonio Pintó y su esposa D.^a María

de Lecanda. De momento el casino ocupaba únicamente el piso 2.º y el sotabanco, pero quedaba en libertad de introducir por su cuenta variaciones en el edificio y se comprometía a terminar por su cuenta la decoración del piso principal. El proyecto del edificio era debido al Arquitecto D. Emilio Baeza. En seguida se construyó un piso intermedio entre el principal y el segundo. El decorado del salón se adjudicó al pintor señor Oliva, previo asesoramiento de una comisión cuya designación se solicitó de la Academia de Bellas Artes. Se hizo la instalación de calefacción por sistema de vapor de agua y la Sociedad Electricista Castellana tuvo a su cargo la instalación del alumbrado eléctrico. En múltiples aspectos de la acomodación del nuevo edificio, la Junta solicitaba informes del Ingeniero socio D. Eduardo Domingo Mambrilla. Con todo ello el Casino ocupó ya casi exactamente los locales actuales, con excepción de la planta baja, en la que se estableció el reservado del «Café de Valladolid», en la parte de la calle del Duque de la Victoria y el comercio de mercería García Hnos., en la parte de la calle de la Constitución.

La nueva instalación acarreó gastos extraordinarios que se cubrieron con un empréstito de 30.000 pesetas en 600 obligaciones de 50 pesetas cada una, cuyos tenedores fueron los propios socios.

**Aumento de suntuosidad y el
tocado de los socios.**

En 1904 el Círculo celebró con fiestas extraordinarias la estancia de

S. M. el Rey D. Alfonso XIII.

Las comodidades aumentaron con los servicios de teléfono, ascensor, coches, baños, duchas y peluquería. Sin duda por evitar desarmonías con el buen tono de la Sociedad, el 27 de Diciembre de 1904, la Junta General, por aplastante mayoría, tomó el curioso acuerdo de que no se permitiera el acceso a los locales del Círculo a personas cubiertas con boina o gorra.

El deseo de edificio propio. Ansiaba, sin embargo,
Su realización. el Círculo tener su sede

en edificio propio. Para lograr tal aspiración se hicieron gestiones en dos sentidos: construir un nuevo edificio, procurando adquirir para solar del mismo la manzana de casas comprendida entre Fuente Dorada, Jabón y Quiñones, y la compra del edificio actual. Esta fué al fin la solución que toma cuerpo en escritura otorgada el 10 de Mayo de 1913, por la que el Casino adquiere su actual sede social en el precio de 460.000 pesetas. Una nueva suscripción de obligaciones abierta entre los socios para esta finalidad se cubrió rápidamente. Obras sucesivas de reforma fueron completando la instalación, descollando entre ellas por su importancia las de incorporación al Casino de la planta baja, cuyos salones fueron inaugurados en el mes de Abril de 1915.

El Círculo y el Movimiento La participación de
Nacional. nuestra Sociedad en la
Guerra de Liberación se

manifestó en dos aspectos: aportación económica y cesión de sus locales. Una suscripción entre los socios alcanzó la cifra de 20.682 pesetas. En los locales del Círculo funcionaron durante la guerra: a) comedores y cocina para la oficialidad de los voluntarios italianos; b) la Presidencia del Patronato Nacional Antituberculoso ocupada por el General Martínez Anido; c) el despacho de la Alcaldía de Madrid desempeñada por D. Alberto Alcocer, y d) el Hogar del Herido, instalado en la planta baja.

El centenario. En el año 1944 en que
el Casino cumplía sus
cien años de vida estaba regido por la Junta siguiente:
Presidente, D. Santos Rodríguez Pardo; Vicepresidente,

D. Augusto Fernández de la Reguera Presa; Contador, D. Vicente Uña Ortega; Tesorero, D. José Fernández Gómara; Secretario, D. José Rivero Moro; Bibliotecario, D. Ricardo Magdaleno Redondo; Vocales, D. José Jover Bedía, D. Luis Gómez Lafuente, D. Federico Pérez Moro, D. Luis Ruiz de Huidobro Buitrago.

Deseosa dicha Junta de conmemorar la llegada de nuestra Sociedad a su centésimo año de vida, elaboró un programa de actos de diversa índole que se desarrollaron durante los días 3 al 7 de Noviembre y cuyo detalle es el siguiente:

Programa de las fiestas. Día 3, a las siete y media de la tarde: 1.º Palabras del Presidente del Casino D. Santos Rodríguez Pardo. 2.º «Valladolid en 1844», conferencia de D. Narciso Alonso Cortés. 3.º «La vida de un Casino», conferencia por D. Francisco de Cossío.

Día 4, a las diez de la noche: Cena y baile de gala con asistencia de las primeras Autoridades de la provincia.

Día 5, a las siete de la tarde: Actuación del artista vallisoletano Vicente Escudero y Carmita García.

Día 6, a las siete de la tarde: Vino de honor a los señores socios y baile.

Día 7, por la mañana: Misas rezadas en la iglesia de Santiago en sufragio de los socios fallecidos, asistiendo a la de doce la Junta directiva.

Reparto de limosnas a los pobres de la capital.

Por la tarde, a las seis, obsequio a la dependencia.

Comienzo del campeonato de ajedrez, precedido de una sesión de partidas simultáneas, jugadas por el campeón del mundo Sr. Alekhine. El Casino donaba al vencedor del torneo una copa conmemorativa del centenario.

El programa se desarrolló con exactitud en todas sus partes; la concurrencia a los actos fué numerosísima y cordial la acogida que la reseña de los mismos encontró

en la Prensa diaria. Los números respectivos de «El Norte de Castilla», «Diario Regional» y «Libertad», constituyen la mejor crónica, que el Círculo de Recreo agradece cordialmente, de las fiestas conmemorativas de su centenario, a las que todas las autoridades invitadas dieron amablemente el prestigio de su presencia.

Deseoso el Casino de conservar en su integridad las palabras pronunciadas en la velada inaugural del día 3, se acordó por la Junta la edición de este folleto.

CENTENARIO

DEL

CÍRCULO DE RECREO

*Palabras pronunciadas por el Sr. Presidente
D. Santos Rodríguez Pardo, en la sesión
conmemorativa del Centenario, celebrada el
día 3 de Noviembre de 1944.*

DIGNÍSIMAS AUTORIDADES, SOCIOS DEL
CÍRCULO DE RECREO, SEÑORAS Y SEÑORES:

Hacemos hoy una pausa en la vida habitual del Círculo de Recreo para conmemorar su primer Centenario. Y no puede estar ausente de este acto, ni siquiera presente pero en silencio, la actual Junta Directiva que tengo el honor inmerecido de presidir. Esta es la razón de que yo me levante a leer unas cuartillas que estarán desprovistas de galanuras literarias, aunque, eso sí, muy llenas de sinceridad, de corazón, de sentimiento, en una palabra, de emoción.

Yo doy en nombre del Círculo de Recreo las más rendidas gracias a las Autoridades y Jerarquías de la ciudad que hoy nos honran con su presencia, y no se me ocurre decirles otra cosa, sino que consideren esta casa como la suya propia.

Vamos a celebrar el primer Centenario del Círculo de Recreo y este acontecimiento pone en nosotros una buena medida de gratos recuerdos. La historia de cien años fué dejando en este Círculo de amistad huellas indelebles. Y los que llevamos más de cincuenta años de socios, creo yo que tenemos derecho a emocionarnos un poco, al cumplirse la fecha que hoy celebramos.

El Círculo de Valladolid, así se llamó en un principio, empezó su vida honestamente. El día 1.º de Noviembre de 1844 se instala en la casa número 41 de la Acera de San Francisco, de una manera humilde. Recordemos los nombres de la Junta fundadora: Presidente, D. Antonio Arriete; Contador, D. Ramón A. Vilardell; Tesorero, D. José del Olmo; Secretario, D. José Francés de Alaiza, y Vocales, D. Calixto Fernández de la Torre y D. Esteban Guerra. Se constituye la sociedad con 73 socios (esta cifra se eleva hoy a cerca de 1.500).

La Sociedad, día tras día fué creciendo y ensanchándose, con muchos sacrificios en algunas épocas, hasta lograr el presente acomodo. Pero todo esto ha significado muchas horas de desvelos y preocupaciones por parte de directivos y socios, a los que yo quiero dedicar un recuerdo cariñoso. El tiempo en su correr inexorable, se llevó a muchos colaboradores y protectores asiduos de la sociedad, aunque aquí queda la herencia de su memoria. Para estos fallecidos, nuestro mejor recuerdo y una sentida oración. ¡Qué Dios los haya acogido en su seno! Para los directivos que viven, un saludo muy efusivo. Ellos representan un mucho de aquella época y con su presencia nos invitan a seguir laborando en pro de la sociedad.

Yo querría que el Círculo de Recreo fuese en lo sucesivo para todos los socios, no solamente un lugar para defenderse del frío en las largas veladas invernales, sino un centro de la mejor amistad, un hogar grande que significase la prolongación de nuestras casas, un recinto familiar donde todos nos sintiésemos unidos bajo la bandera de la más auténtica cordialidad. Yo estoy seguro de que será así.

Prescindo de daros detalles de la vida de nuestra Sociedad, ya que el culto Bibliotecario Sr. Magdaleno, ha redactado una minuciosa historia del Círculo, que será impresa y repartida entre los socios. Además de que no es justo que por mi culpa se retrase la intervención de mis insignes antecesores D. Narciso Alonso Cortés y D. Francisco de Cossío, a quienes estaréis (y es natural) deseando escuchar. He aquí dos presidentes del Círculo cuyos nombres rebasan las fronteras nacionales en orden a la cultura. Sería pueril que yo pretendiese hacer una presentación de Cortés y Cossío. Todos los conocéis y todos les admiráis. Y a vuestra admiración uno yo la mía y el agradecimiento más sincero en nombre de los compañeros de Directiva por haber accedido a nuestra invitación para tomar parte en este acto.

Y antes de terminar permitidme que traiga a vuestra memoria los días anteriores al Glorioso Movimiento Nacional en este ambiente del Círculo. Aquí se traían noticias y se vivía la tensión del momento con una emoción sin límites. Y ya en las primeras horas de la Cruzada se inicia una suscripción entre los socios que alcanza una cantidad considerable. Yo, en nombre de la Junta Directiva y de todos los socios, quiero dedicar un

recuerdo fervoroso a los socios caídos por Dios y por España, y un saludo lleno de unción patriótica al Caudillo, al Jefe del Estado, el hombre que ganó la guerra y está ganando la paz. Que Dios ilumine a Franco y conserve su vida para prosperidad de España, para el bienestar de nuestros hijos, para el florecimiento y ventura de la Patria.

Reitero mi agradecimiento a las Autoridades, a los socios todos, a los invitados que hoy nos hacen el honor de acompañarnos. Yo quisiera deciros muchas cosas más, traduciros en palabras lo que ahora experimenta mi corazón, pero no sé hacerlo. Cuando estamos emocionados, sobran las palabras, y hay que recurrir al apretón de manos, al abrazo fraternal.

VALLADOLID EN 1844

*Conferencia de D. Narciso Alonso Cortés,
pronunciada el día 3 de Noviembre de 1944.*

Es un poco difícil, aunque pongamos en juego nuestra fantasía, formarnos cabal idea de lo que era Valladolid en 1844, cuando el Círculo de Recreo se fundó. Las transformaciones sufridas por nuestra ciudad han sido muy grandes, y así en lo que se refiere al aspecto urbano como a la vida social, la semejanza es absoluta. De aquellas calles míseras y solitarias, de aquellas costumbres sencillas y patriarcales, a las elegantes avenidas de hoy y al bullicio y la inquietud actuales, hay un mundo de diferencia.

Cierto *Manual histórico de Valladolid*, que apareció precisamente en 1845, editado por «El Correo de Valladolid», único periódico que a la sazón se publicaba en nuestra ciudad, decía lo siguiente, con referencia a la situación de las calles y su topografía: «En su planta y distribución interior ha reinado el gusto más exquisito, pues apenas se encuentran en Valladolid esas manzanas de triángulos y otras formas irregulares bastante comunes en otras poblaciones, y que ofendiendo a la vista por su deformidad, tanto se oponen al compartimiento cómodo y arreglado de las habitaciones. Son sus calles en lo general anchas y poco tortuosas, desembocando algunas en espaciosas plazuelas que ofrecen a cada paso agradables perspectivas por los edificios y templos de regular arquitectura que en ellas se ostentan. La Plaza mayor, el Ocho, los portales de la Especería, Petrineros y calle de la Platería, nos recuerdan el gusto y magnificencia de los

reinados de Felipe II y III, en cuya época fueron estos sitios renovados. Para el recreo y desahogo, ¿qué población ofrece tanto número de paseos como contiene dentro de sus muros Valladolid, con su Prado de la Magdalena, los dos Espolones, las Moreras y el Campo Grande?». Cuatro años antes había pasado por Valladolid Teófilo Gautier, que al referirse a ello en su *Viaje por España*, escribió lo siguiente: «Valladolid es una gran ciudad casi despoblada; caben en ella doscientas mil almas y apenas tiene veinte mil. Es una ciudad limpia, tranquila y elegante en que ya se percibe la proximidad de Oriente». Mas preciso es confesar que tanto el *Manual histórico* como el autor de *El Capitán Fracasa*, se pasaron de benévolos al formular esos juicios. Cierto es que Valladolid sugería esa impresión más por la consideración de su grandeza pasada que por la de su estado presente, y así se explica que otro escritor de la época, D. Juan Guillén Buzarán, que no era vallisoletano, sino gaditano, dijera lo siguiente en el *Semanario Pintoresco Español* (1842): «La relación de los variados acontecimientos de que Valladolid fuera testigo en las épocas de su prosperidad y fortuna, deleitarán el ánimo de cuantos con anhelo estudioso buscan en la historia los hechos más ignorados o encubiertos de los otros siglos. El cuadro de estos sucesos, la fisonomía de aquellos tiempos de guerrera hidalguía y de galante caballerosidad... se retratan de tal manera en el espíritu al reconocer el antiguo recinto de aquella ciudad, que se va pasando de unas impresiones en otras hasta confesar por convencimiento el más íntimo, que Valladolid conserva un no sé qué de grande y esplendoroso en medio de su abatimiento, y tiene un sabor de corte tan delicado e insinuante que no puede dejar de percibirlos el que visite con detenido estudio y filosófica mirada los restos de su tradicional opulencia».

Según la matrícula catastral de 1842, Valladolid tenía 19.191 habitantes. Aunque este cómputo fuese bajo, y de hecho el número de habitantes pudiera aproximarse a

los 25.000, siempre resultará que la población vallisoletana había disminuido respecto a los últimos años del siglo XVIII. Las familias nobles que tenían su residencia en Valladolid, los marqueses de Torreblanca, de San Felices, de Castrotuerte, de Olfas, los condes de Cancelada, de Albarreal, del Pinar, de Catres, otros muchos títulos, en fin, que en Valladolid vivían, optaron por trasladarse a la corte madrileña. Y, lo que es peor, aquellas fábricas de hilados y tejidos que sostenían cerca de 8.000 operarios, se habían cerrado casi en totalidad.

Habían sido muy desfavorables las circunstancias en lo que iba de siglo, para que Valladolid pudiera erigirse repentinamente. La hacienda municipal estaba gravada con censos muy cuantiosos, y solamente para pagar los réditos a los acreedores censualistas, nuestro Ayuntamiento había de destinar anualmente 200.000 reales. Por otra parte, se edificaba muy poco, pues en parte subsistían todavía las causas que Ponz, sesenta años antes, encontraba al hecho de que hubiera en Valladolid tantas casas ruinosas y caídas; ya porque muchas de ellas pertenecían a mayorazgos, que no se creían en la obligación de repararlas, ya porque la escasa cuantía de los alquileres era insuficiente para compensar los gastos.

No obstante, por aquellos años de 1844 se observaba en Valladolid cierto impulso de mejora y renovación. En el orden cultural, esto se evidenciará sólo con decir que por los mismos días en que se inauguró este nuestro Círculo, abrieron también sus puertas otros dos centros artísticos y recreativos: uno, el Circo de Literatura y Artes; otro, la Sociedad de Recreo. No será aventurado suponer que en esta simultánea fundación de sociedades análogas, había su pizca de emulación o rivalidad, si bien las dos que acabo de citar tendían especialmente al fomento del arte dramático y de las enseñanzas prácticas. El Circo de Literatura, situado en la calle del Obispo, se estableció en 1.º de Noviembre del citado año 1844, y organizó notables representaciones teatrales, con buen

escenario y excelentes decoraciones. La Sociedad de Recreo, cuyo reglamento fué aprobado el 2 de Noviembre del mismo año, estableció una academia con clases de matemáticas elementales, francés, dibujo, esgrima y otras varias, a más de celebrar funciones de declamación, música, canto y baile. Sus socios habían de ejercer las artes industriales con establecimiento abierto, y de vez en cuando celebraban exposiciones públicas en que exhibían los artefactos de su fabricación. Es digno de recordación lo que decía el capítulo 5.º de su reglamento, y era esto: «Corresponde a la junta directiva no consentir en las funciones que celebre la sociedad, otros trajes a los concurrentes que los contruidos con géneros nacionales».

Y no eran estos los únicos centros de la misma índole. Desde el año 1842 existía el Liceo Artístico y Literario, instalado en el palacio del Marqués de Valverde, calle de San Ignacio, esquina a Expósitos, y que tenía las cuatro secciones siguientes: Ciencias y Literatura; Bellas Artes; Música; Declamación. Como centro de cultura, pues, era análogo al Liceo de Madrid y a los que a su imitación se fundaron en todas las capitales importantes de España. En este Liceo dieron lecturas los poetas vallisoletanos y se escucharon variadas funciones musicales y dramáticas. Exornaban sus salones algunos cuadros pintados por los mismos socios.

De todos estos centros, el único que subsistió, y que llegó a centenario, fué este nuestro Círculo de Recreo. Fué abierto al público en 31 de Octubre de 1844, y no mucho después de fundado contaba ya con 400 socios. En una interesante Memoria, que ha redactado el señor Bibliotecario de la Junta que hoy rige el Círculo, se dan abundantes y curiosos datos sobre la fundación y primeros tiempos del mismo.

Otros elementos de vida iban apareciendo en Valladolid, y parecía que la industria, aunque muy tímidamente, intentaba rehacerse. Mucho dió que hablar la fábrica de papel de Garaizábal, de la que se hacía constar

que era igual a las de Tolosa, y que podía fabricar — ¡ved qué asombro! —, cien resmas de papel al día. Los viejos de hoy recordamos la fábrica de Garaizábal en su forma primitiva, o poco menos. La fundación y el molino harinero próximos al Canal, las fábricas de curtidos, sombreros, guantes y otras manufacturas, eran también motivo de satisfacción para los vallisoletanos, que en todo ello veían claros indicios de progreso y mejoramiento.

El aspecto de la ciudad, no obstante las opiniones favorables que antes hemos leído, no era nada encantador. Cruzaban su recinto, al descubierto, los dos brazos del Esgueva, uno que avanzaba por el Prado de la Magdalena, calle de Esgueva, caños de la Catedral, Platerías y Val, hasta desaguar en el Pisuerga, y el otro por la Puerta de Tudela, calle de Panaderos y Rastro, hasta su desembocadura en el Espolón. Trece puentes en el primero, y cuatro en el segundo, franqueaban la circulación. Creían muchos vallisoletanos que el Esgueva era un eficaz elemento de limpieza, puesto que servía para arrastrar las inmundicias; pero la verdad es que causaba no pocos perjuicios a la higiene pública. Contribuían a ello ciertos desfiles nocturnos, que todavía nuestros padres recordaban con desagrado, y de que será bien no hablar. Todavía tenían perfecta aplicación las ingeniosas, aunque poco pulcras, chanzonetas que Góngora dedicara al «mfsero Esguevilla» en varios sonetos, y en aquella jocosa letrilla, retrucada por D. Francisco de Quevedo en otra de la misma laya:

¿Qué lleva el señor Esgueva?

Yo os diré lo que lleva.

El Ayuntamiento procuraba atenuar estos inconvenientes con los imprescindibles pozos sumideros, mientras atendía a la limpieza de las calles con una nutrida cuadrilla de barrenderos que en las primeras horas de la mañana cumplían su cometido, y de algunos más que durante el día completaban la labor; pero, a pesar de todo,

el aspecto de la población y sus condiciones higiénicas dejaban mucho que desear.

Había también tres casas de baños, la mejor de ellas, por cierto, situada en la calle de la Horca, hoy de Cervantes, y que al decir de los contemporáneos, era magnífica. Tenía mesa de billar y un hermoso jardín, provisto de parras y enredaderas, que se consideraba el mejor de Valladolid.

Había en Valladolid cinco imprentas y se publicaba, como ya he indicado, un solo periódico: «El Correo de Valladolid». Era un periodiquito de dos hojas, muy simpático, que se publicaba los domingos, miércoles y viernes. El director era D. José Francisco de Alaiza, el cual, según puede comprobarse en los datos que acompañan al programa de este centenario, fué también Secretario de la Junta fundadora de nuestro Círculo. Muy bien puede creerse que fuese el principal impulsor de la fundación, pues constantemente se distinguió por sus iniciativas en pro de Valladolid. Secretario fué también de la Sociedad de Jurisconsultos del Distrito de Valladolid y de la Sociedad de Socorros Mutuos.

Había también en nuestra ciudad, y colaboraban en «El Correo de Valladolid», estimables poetas. Uno de ellos era Jerónimo Morán, nacido en el mismo año que Zorrilla, esto es, en 1817, y sólo veinte días después que el autor de *Don Juan Tenorio*. Ya en 1840 había estrenado Morán en el teatro de Valladolid su drama *Don Ramiro*, y seguía siendo uno de los más activos cultivadores de las letras locales. En el Liceo Artístico y Literario, a que antes me he referido, leyó poesías como cierto romance esdrújulo que vió luego la luz en el *Museo de las Familias*. Colaboraba también en periódicos madrileños, y, trasladado bien pronto a la corte, dió nuevas obras al teatro y publicó varios libros.

Otro de los poetas que sobresalían en el Valladolid de 1844, era el ríosecano Ventura García Escobar, ya ventajosamente conocido como tal, y que bien pronto había de

alcanzar en la corte un triunfo relevante con su drama *Doña Juana de Castilla* (1846). La figura de García Escobar es digna de estudio.

Junto a estos dos figuraba José Doncel y Ordaz, que aunque no era vallisoletano, sino salmantino, en Valladolid vivía y aquí acababa de graduarse en Teología. Por entonces publicó su novela histórica *Walesina*, basada en los hechos que precedieron a la batalla del Guadalete, y su *Colección de odas filosóficas, fábulas morales, epigramas y letrillas*, a las cuales, andando el tiempo, habían de seguir otros libros.

Contaba también Valladolid con buenos abogados y buenos médicos, y con preeminentes hombres políticos. Don Lorenzo Arrazola, el ilustre ex-rector de nuestra Universidad y ex-ministro, que tanto se había afanado por conseguir la concordia entre los españoles, volvía por entonces a la política activa, después de haber dedicado su permanencia en nuestra ciudad al ejercicio de su cátedra y de la abogacía. En aquel año de 1844 redactó su luminosa memoria sobre la reforma de los estudios de Filosofía. Aunque no había nacido en Valladolid, puso siempre su talento al servicio de esta ciudad. D. Claudio Moyano Samaniego, zamorano, pero también muy afecto a Valladolid, prototipo de hombres nobles y honrados, era a la sazón Rector de nuestra Universidad, y estaba en los comienzos de la carrera política que había de permitirle más tarde, como Ministro de Fomento, renovar por completo la instrucción pública española. D. Mariano Miguel de Reynoso y D. Millán Alonso del Barrio, éstos, sí, nacidos en nuestro terruño, tomaban también parte en la política, en la cual, andando el tiempo, el primero llegó a ser Ministro de Fomento y el segundo Senador vitalicio.

Tenía Valladolid, claro es, su teatro, situado en el mismo lugar que ocupaba el que, en el siglo xvi, fué uno de nuestros primeros corrales de comedias, y que es el mismo en que hoy se asienta el cine Coca. Muchos datos

pudiera dar sobre este particular, por hallarme preparando en estos momentos el tomo 2.^o de mi libro *El Teatro en Valladolid*, relativo precisamente al siglo XIX; pero ello nos distraería demasiado.

Baste recordar aquí la descripción que Teófilo Gautier, en su citado *Viaje por España*, hace de nuestro teatro. «El teatro de Valladolid —dice— es de una traza muy feliz, y aunque su decorado interior sólo consista en una lechada de cal con algunos adornos grises, causa un efecto muy lindo; el decorador ha tenido la idea de pintar en las paredes de la embocadura del escenario unas ventanas adornadas con cortinillas de batista de lunares muy bien imitados. Estas ventanas, como prosencios, tienen un aspecto raro; las barandillas y antepechos de los palcos están caladas y permiten ver si las mujeres van bien calzadas, y hasta si llevan las medias estiradas y tienen fino el tobillo..., lo que no significa inconveniente alguno para las españolas, casi siempre irreprochables en este respecto. En un delicioso folletón de mi sustituto literario he leído... que los balcones de galería de la Nueva Ópera, son de este sistema». Como veis, el teatro de Valladolid se había adelantado en este particular al de la Nueva Ópera de París.

Aquel año de 1844 actuaba en el teatro la compañía de José Farro, en la que figuraba una actriz muy conocida, la Mascías. Por cierto que el día 9 de Enero se estrenó uno de los dramas más aplaudidos de Zorrilla, *El caballo del rey D. Sancho*, que, sin embargo, no agradó mucho al crítico teatral de «El Correo de Valladolid». Verdad es que, aparte del mayor o menor mérito del drama, ocurrió lo que «El Correo de Valladolid» refiere en las siguientes palabras: «Llegamos a la parte más lastimosa: a la ejecución. El Sr. Hernández, en el papel de D. Sancho, estuvo poco feliz; poco feliz la Sra. Mascías en el de Reina; infeliz el Sr. Farro en el de D. Ramiro; infelícísimo el Sr. Contador en el de Infante, aunque sabía perfectamente su papel; desgraciados todos los demás en el

desempeño de los suyos. Y como si todavía no fuera bastante, tuvimos que sufrir durante la representación los broncos y reiterados ladridos de un enorme perrazo, que, atropellando la consigna, se había aposentado en la *cazuela*, y la molesta algazara de algunos ciudadanos espectadores, que se divertían inocentemente desde el patio, dirigiendo pullas a los de arriba; y para coronar la fiesta, la mustia lucerna que lloraba a moco tendido tantas calamidades reunidas, escogiendo por paño de sus lágrimas a los incautos que se habían colocado bajo sus tiros».

Alternando con esta compañía dramática, según entonces era costumbre, o más bien obligación, de las empresas, actuó otra de ópera, que cantó *Lucía*, *Lucrecia Borgia*, *El Tasso*, *Clara de Rosenberg*, *Saffo* y *Una aventura de Scaramuccia*. Por aquellos días había en nuestra ciudad gran afición al divino arte, y abundaban los *dilettanti* competentísimos, como lo demuestran los mismos artículos periodísticos de crítica musical. Entonces, a no dudar, educó sus aficiones musicales el vallisoleto D. José Ortega Zapata, que bien pronto pudo demostrarlo en sus críticas de la revista madrileña «La Semana» (1850-51). Este nuestro paisano, padre de Ortega Munilla y abuelo de Ortega Gasset, escribió en sus últimos años unos interesantes *Solaces de un vallisoleto setentón*.

No hará falta decir que Valladolid tenía su plaza de toros. Era la situada en la plaza de Fabioneli, donde hoy está el cuartel de la Guardia Civil, y se había inaugurado en 1833. Era la misma que conocimos los viejos de hoy, antes de que se construyera la actual, y donde vimos las buenas novilladas de Pepete, Villarillo y Raimundo *Valladolid*, y la elevación del globo Milá. Era ochavada y tenía localidades para unas 10.000 personas.

Los paseos más frecuentados de Valladolid eran el Campo Grande, el Espolón y el Prado de la Magdalena, éste no tanto. Había embellecido algunos años antes el

Campo Grande, trazando los tres paseos paralelos, el corregidor D. Pedro Domínguez, que fué una especie de Miguel Iscar. Cuentan Ortega Zapata y D. Hilarión Sanchó, que en 1835 se colocaron en el Campo Grande tres estatuas regaladas por el Rey: a la entrada, en la parte más próxima a la calle de Santiago, la estatua de Mercurio; en el centro, la de Venus; a la terminación, frente al convento de Capuchinos, la de Neptuno. Y no fué flojo el escándalo que armó la estatua de Venus, por lo ligero de su traje, mejor dicho, por la carencia de él. Las autoridades se asustaron un poco y al tercer día quitaron la estatua; pero bien pronto volvieron de su acuerdo y la colocaron nuevamente. Algún tiempo después, sin embargo, desapareció definitivamente, y las de Mercurio y Neptuno quedaron colocadas a la entrada del Paseo.

También en la Fuente Dorada hubo sustitución de estatuas. Había en esta fuente, sobre un pedestal, una gran piedra que representaba una tinaja. Cierta día, nada menos que con acompañamiento de campanas, se quitó esta tinaja y se sustituyó por una estatua de Apolo.

El Espolón estaba bordeado con olmos, acacias y ailantos. Los coches paseaban por la carretera, limitada a cada lado por una fila de bancos con respaldo de hierro. Más allá, comenzaba la explanada de las Moreras.

Tenía el recinto de Valladolid cuatro puertas, aunque, claro es, ya no había murallas: la del Puente Mayor, la de Santa Clara, la de Tudela y la del Carmen. Esta última, construida en 1780, era la más notable. Formábanla tres arcos cerrados por verjas de hierro y sobre ellos una balaustrada, en el centro de la cual, y entre trofeos de guerra, se erguía la estatua de Carlos III.

Aun podemos calificar de más vallisoletano el famoso Arco de Santiago, situado en la calle de este nombre, entre las de Alfareros y de la Boariza, hoy María de Molina. Era de ladrillo y remataba en una hornacina que tenía, por la parte del Campo Grande, la efigie de San Miguel, antiguo Patrón de Valladolid, y por el lado

opuesto, la imagen de la Virgen y las armas de la ciudad. Nuestro poeta Leopoldo Cano, que conoció, claro es, el arco de Santiago, puesto que subsistió éste hasta 1863, escribió aquel ingenioso cuentecillo en que imagina que el ángel del arco tenía un panecillo en la diestra:

y si un vallisoletano,
de gloria con el anhelo,
huía del patrio suelo,
mostrando el pan en la mano
con que abría un ventanillo,
gritaba el ángel: ¡Al loco!
¡Buen viaje!... Dentro de poco
vendrás por el panecillo.

Lugares típicos de Valladolid eran también las *Cinco llagas* y el *Repeso*. Estaban situados junto a la iglesia de Jesús y adosados al Consistorio por su parte accesoria. En el Repeso descargaban sus carros y acémilas los arrieros y maragatos que venían a Valladolid para proveerle de los artículos de primera necesidad. Las Cinco llagas eran cinco casetas donde se vendía el pescado de mar, que sólo venía a Valladolid en invierno, traído de Laredo por maragatos, que tardaban en el viaje cuatro o cinco días.

Toda esta parte de la Plaza Mayor y sus aledaños revestía mucho carácter, con su Consistorio de dos torreones, sus callejuelas mezquinas y contrahechas, sus soportales invadidos de panaderas, verduleras, fruteros, especieros y otros vendedores con sus puestos. He aquí cómo reflejaba Gautier sus impresiones sobre estos lugares:

«El Palacio de la Constitución, pintado de color verde manzana, luce una inscripción en honor de la *inocente Isabel*, como llaman aquí a la reina niña, y un reloj que de noche está iluminado, como el del Hotel de Ville, de París, novedad que, al parecer, divierte mucho a los habitantes. Bajo los pilares hay establecidos infinidad de

sastres, sombrereros y zapateros, que son los tres oficios más florecientes en España; allí están también los principales cafés, y todo el movimiento de la población tiende a concentrarse hacia ese punto. En el resto de la ciudad apenas se encuentra un transeunte: una criada que va a buscar agua o un labriego detrás de su borrico. Este efecto de soledad se acentúa por la gran superficie que ocupa este pueblo, donde las plazas son más numerosas que las calles. El Campo Grande, próximo a la puerta principal, está rodeado de quince conventos, y aún cabrían más».

Otra de las cosas que por entonces llamaban la atención en Valladolid, era el Parador de Diligencias, más conocido por *Parador de Rojas*, por haberle construido el capitalista vallisoletano D. José de Rojas. Era un gran edificio situado en la Plaza de Santa Ana, esquina a las calles de Zúñiga y de la Boariza, esto es, el mismo que durante muchos años ha sido luego Central de Telégrafos, y de cuya suntuosidad no puede dudarse. En sus dos pisos tenía amplio comedor y habitaciones con muebles de nogal. El *patio de diligencias* —obligado en tales lugares—, era anchuroso y bien dispuesto. El servicio era excelente y las comidas abundantes. El parador de Rojas gozaba de merecida fama, y los altos personajes que a Valladolid venían, en él se alojaban siempre.

Inmediata al parador, y enfrente del convento de Santa Ana, había otra cosa digna de mención: las ruinas de la *casa del duende* o *casa del diablo*. Motivos había para que los vallisoletanos vinieran llamando así a semejante casa. Era, según la tradición, la misma en que murió el alcalde Ronquillo, famoso por sus justicias en tiempos de Carlos V y Felipe II, y al cual, según la misma tradición propalaba, los diablos cierta noche arrebataron de su sepultura en el convento de San Francisco, para llevarsele al infierno.

Yacía por esta fecha en ruinas la torre de nuestra catedral. Según todos los vallisoletanos saben, esta torre,

conocida en Valladolid y su comarca por «la buena moza», se desplomó el día 31 de Mayo de 1841, con un estruendo sólo comparable al de una descarga de cañones. Medía esta torre 270 pies, y tenía un excelente reloj. ¿Quién no ha leído o ha oído contar en Valladolid el emocionante episodio de la mujer del campanero, que quedó sepultada entre las ruinas y al cabo de veinticuatro horas salió sana y salva? Después, los vallisoletanos habían presenciado la temeraria labor de aquel presidiario que, mediante la promesa de indulto y el pago de unos miles de reales, había ido desmontando sin andamios los sillares de los dos cuerpos hundidos.

En las calles y plazas de Valladolid todavía se conservaban nombres de sabor tan tradicional como los siguientes: calles de la Tumba, del Candil, de Espantaelgato; portales de Provincia, de Cañería, de Panecillos, de Coleteros; corrales de la Copera, de D. Pedro, de Mojados, etc.

Y así vivía el Valladolid de 1844, entregado a su pacífica quietud provinciana. Los días se deslizaban tranquilos e invariables, salvo algunos instantes de agitación política. Tenían los vallisoletanos, como hemos visto, sus diversiones públicas, su teatro, su plaza de toros, y, por de contado, sus tertulias y reuniones, donde pollos y damiselas bailaban la mazurca, el rigodón y el wals; tenían sus pastelerías y botillerías, donde consumían sus buenas empanadas y sus exquisitos helados de limón y mantecado; tenían, cuando no gustaban de paseos céntricos, sus salidas a la Fuente de la Salud, al convento del Prado y al muelle del Canal, para presenciar en este último punto el embarque de trigo, harina y otros efectos, y contemplar admirativamente la fundición y la fábrica de harinas de D. Félix Aldea; y tenían, en fin, la animación que les prestaban los siempre jubilosos estudiantes y los numerosos militares de la guarnición.

Siempre ha habido en Valladolid tipos populares, de esos que por calles y plazas hacen las delicias de chicos y

grandes; y así, por ejemplo, cuando yo era muchacho había tres de fama general: la tía *Chaparrones*, la tía *Napoleona* y la *Pólvora fina*. Yo no sé, aunque me inclino a la afirmativa, si en 1844 vivían todavía dos individuos de esta clase, a quien se refiere Ortega Zapata en sus aludidos *Solaces*, y que eran el terror de la chiquillería vallisoletana: la tía *Pastora* y el tío *Paparrandón*; pero lo que sí sé es que todavía vivía, y había de vivir bastantes años más, otro de los personajes a que Ortega Zapata alude: el carpintero Baamonde. Tanto vivía, que fué el que construyó la primera mesa de billar que tuvo este Círculo de Recreo. Baamonde fué popularísimo en Valladolid, y todavía oí hablar de él en mi niñez, con evidente complacencia, a algunos vallisoletanos viejos. Era, por lo visto, hombre graciosísimo, cuyos rasgos de ingenio y salidas de tono corrían de boca en boca y se celebraban unánimemente. Las anécdotas que de él se contaban eran numerosas, y alguna de ellas refiere Ortega Zapata. Recordaré aquí otra, que ha llegado hasta nuestros días. Un calificado personaje de Valladolid —parece que era oidor de la Chancillería—, estrenó cierto día una capa magnífica, de aquellas que, al decir de «El Solitario» en su donoso artículo *Gracias y donaires de la capa*, llevaban «con gran pompeo» los hombres de pro. Muy orondo y satisfecho caminaba el buen señor con la flamante prenda, cuando observó que las nubes, rápidamente acumuladas sobre las cabezas de los vallisoletanos, comenzaban a desbordarse en abundante lluvia. ¡Oh desdicha! ¿No era una pena que aquella lujosa capa, cortada y cosida por el mejor sastre vallisoletano, cuando no por algún Utrilla o Picón de la corte, quedase ajada, maltrecha y para siempre deslucida el mismo día de su estreno? Tal lo pensó nuestro hombre. Pero he aquí que en aquel momento pasaba precisamente frente a la casa de Baamonde, a quien honraba con su amistad, y tuvo una idea luminosa. Llegóse allí en un salto, abocóse con el propio Baamonde, y le dijo: «Amigo Baamonde; si no

tienes inconveniente, voy a dejarte aquí mi capa, y te agradeceré mucho que me prestes la tuya». «¡Con mucho gusto! —contestó Baamonde amabilísimamente—. Si tiene V. a bien esperar un momento, se la daré en seguida». Hízolo así el tuno del carpintero, y, muy complacido por su excelente ocurrencia, el señor oidor, o lo que fuere, embozóse en la capa de Baamonde y tomó el camino de su domicilio, situado, por cierto, a no pequeña distancia. Mas he aquí que poco después de haber llegado a éste, y mientras la lluvia seguía arreciando despiadadamente, oyó que llamaban a su puerta. Era Baamonde, que, resguardado bajo la capa de su preclaro amigo, y recibiendo sobre ella las ingentes cataratas del chaparrón, había ido desde su casa a la de aquél, y que, una vez en su presencia, le habló de este modo: «Aquí tiene V. su capa, mi respetable señor. Se la he traído por si acaso le hace a V. falta».

Este fué el carpintero Baamonde, famoso en Valladolid. Además de ejercer su oficio, fué quien instaló los primeros baños que hubo en el Pisuerga, y aún los tenía por el año de mil ochocientos cincuenta y tantos.

Y tal fué el Valladolid de hace un siglo. Como ya he indicado, por aquellos días comenzaba a rehacerse de la postración en que yacía desde fines del anterior. Dieciséis o dieciocho años después, su población se había triplicado, pues contaba ya con 60.000 habitantes. Y siguió su crecimiento y siguió su rehabilitación. Hoy Valladolid es una gran capital. Recordemos, pues, con cariño y gratitud a aquellos buenos vallisoletanos que fundaron este Círculo de Recreo, y que, con otros de sus coetáneos, iniciaran el engrandecimiento de nuestra ciudad.

LA VIDA DE UN CASINO

*Conferencia de D. Francisco
de Cossío, pronunciada el
día 3 de Noviembre de 1944.*

Representa para mí un honor, que debo de agradecer a los organizadores de este acto conmemorativo, y a vosotros que os disponéis a escucharme, el poder hablar en este salón con un tono distinto al que se emplea en las Juntas Generales. Yo, como socio, a pesar de mi antigüedad, no intervine nunca en estas Asambleas, en las que tantos oradores ocasionales se han descubierto a sí mismos como oradores consumados; pero sí he tenido que alternar en estos torneos oratorios como Presidente; y os confieso que me siento hoy más libre y seguro, sin miedo a la interrupción ni al pugilato, y sabiendo que no me pediréis cuenta ni del funcionamiento de los baños, ni de la calidad más o menos discutible del café, ni del estado lamentable en que se encuentren las fichas del dominó. Hoy el Casino, o digamos mejor, con el nombre clásico español, el Círculo, el Círculo de la Victoria, como era conocido y nombrado en la ciudad, se reúne en un acto histórico. Se reúne para celebrar sus cien años.

En la vida de los pueblos un siglo es poco, pero en la vida de un Casino español es mucho. Porque los Casinos en España nacen bastante después que las Sociedades Económicas de Amigos del País, que los Liceos científicos y literarios, y que las Academias. El Rey Carlos III fué el creador y propulsor de tales lugares de reunión, cultos y respetables, en los que los varones graves y letrados,

encontraron el gran pretexto para salir de sus casas, libres de todo disgusto conyugal, y en esto, quizá, encontremos el origen de los casinos. Porque en estos centros de cultura se acostumbraron los hombres a hablar entre sí de cosas banales y divertidas, a murmurar amablemente, y sintiendo la necesidad de prorrogar estas charlas, en un lugar confortable, libres de la tutela de la Economía, de las Ciencias y de las Artes. Y claro está, a los sabios y letrados se les unieron prontamente los frívolos y ociosos, y se creó una palabra maravillosa que corresponde exactamente a la época romántica, la palabra socio. Es sorprendente hasta qué punto una palabra puede crear una institución. Tras la palabra socio surgió fácilmente la palabra Círculo. Más tarde los hombres, o un grupo considerable de hombres, no se conformaron con hablar, o se cansaron de tanto hablar, y para matar el aburrimiento, se decidieron a jugar. Este es el momento en el que al Círculo se le empieza a llamar Casino. Y, entonces, se crean los dos grandes grupos de socios, el de los que se dedican a sostener espléndidamente, no sólo las necesidades sino el lujo del Casino, y el de los que se disponen a disfrutar de estas ventajas, a cambio de pagar una modesta cuota mensual. Es decir, que el Casino se sostiene próspero y llega a sus grandes apogeos, gracias a los que juegan, pero su categoría social, su prestigio mundano y su respetabilidad ciudadana se la dieron los que hablaban. Convengamos que no existe ninguna otra institución pública en la que la generosidad humana se dé en esta medida. Y entre estos dos grupos esenciales, el de los que juegan y el de los que hablan, aún surgió un tercer grupo menos numeroso, pero muy importante para el progreso de la Sociedad, el grupo de los que miran. El mirón es un socio híbrido, que escucha lo que hablan los demás, sin decir él una palabra, y presencia el juego de los demás sin arriesgar una moneda. Nos hallamos ante un vigilante perpetuo del Casino que, discretamente, permanece equidistante entre la dialéctica y el azar. Claro

que en el gremio de mirones existe uno peligroso: el que se arriesga a intervenir en una discusión, y el que libremente dice que una jugada de tresillo es solo, o mueve por su cuenta las piezas del ajedrez sin pedir permiso a los contendientes. Este es el que saca más jugo al casino, porque habla sin responsabilidad, y juega sin aventurar un solo céntimo.

Pero hay que penetrar un poco en la significación social de la palabra círculo. Esta es una palabra que corresponde a la concepción de las categorías humanas en la segunda mitad del siglo XIX. Tras los principios igualitarios de la revolución francesa, la sociedad empieza a buscar unos resortes de defensa, en virtud de los cuales, el nacimiento, la cultura, el género de trabajo, la posición económica... constituyan una serie de esferas —de entonces es esta frase, esfera social— y en cada una de estas esferas se mueve un grupo de hombres, sin que por ello se sientan ofendidos o molestos los demás grupos. Pues bien, la representación sintética de cada una de estas esferas es un círculo. Es decir, la reunión de hombres afines. Hombres que, al hablar, pueden entenderse entre sí. Que se sienten interesados por los mismos temas, y que poseen una misma educación, una misma filosofía, o, por mejor decir, una misma concepción del Universo. Es la época en que, en cada ciudad, en torno al círculo que podemos llamar aristocrático, el círculo de las antiguas familias, de los magistrados, de los catedráticos, de los generales y coroneles, y por una concesión a las realidades más evidentes de la vida, de los banqueros y plutócratas, se abren círculos mercantiles, de labradores, de artesanos, y aun círculos de obreros. Nos hallamos en un momento en que la vida de las ciudades se encuentra pacíficamente jerarquizada. Cada cual está satisfecho de su círculo, y no intenta invadir el ajeno. Cuando empiezan a correr por el mundo las perniciosas y sofísticas doctrinas de Carlos Marx, la palabra círculo cae en desuso, y es sustituida por la palabra «clase». Ante estas

doctrinas viene, de una parte, la confusión de los círculos, y de otra, la lucha entre los círculos, lucha que empieza a conocerse con el nombre de lucha de clases.

Pues bien, el Círculo de la Victoria, abierto cuando ya el romanticismo español se halla en su apogeo, es un círculo aristocrático, para que se reúnan en él, las que que podemos llamar clases dirigentes de la ciudad, y con un término preciso y un poco medioeval, para que en él se den cita los señores y los caballeros. De un siglo a esta parte ¡cuántas cosas han pasado en el mundo! Ya los señores y los caballeros pertenecen a una categoría anacrónica, casi arqueológica, salvo en algún país en el que aún se mantienen prejuicios aristocráticos, en el que existen círculos impenetrables para todo aquel que no pertenezca a ellos. Pero quizá el mundo de los lores y de los baronets, sufre en estos momentos una grave conmoción, y está a punto de eclipsarse como se han eclipsado tantas otras instituciones respetables. En España, a pesar de su tradición de grandes casas y grandes señores, es decir, de su historia, pues la Historia no es solamente una sucesión de hechos, sino una sucesión de hombres, se rompe en el último tercio del siglo XIX esta continuidad de jerarquías humanas, o, si se prefiere, el prestigio social del apellido, y el golpe mortal le inicia el año 35 Mendizábal, golpe que se consuma con la supresión de los Mayorazgos. Pero cuando se crea este Círculo, todavía el prestigio familiar constituye una honrosa ejecutoria, y, asimismo, el prestigio personal, cuando se fundamenta o en el discurso o en las armas. Lo que Don Quijote, gran caballero, llama elegantemente las armas y las letras. Con esto quiere decirse que, al crearse este Círculo, se crea no solamente una Sociedad de puro recreo, sino una institución rectora, en la que se agrupan las fuerzas humanas más influyentes y poderosas de la ciudad. Porque lo que une a estas fuerzas no es una posición de momento, ni una ideología más o menos circunstancial, sino un tono de vida superior, un sistema

de urbanidad, un lenguaje común, y esa actitud de equilibrio y de benevolencia que, a las esferas sociales libres de la envidia, la baja ambición y el resentimiento, las hace mantenerse fieles al sentido de continuidad, es decir, en una reverente devoción al pasado, más atentas a conservar que a destruir. Y, así, cuando la política divide a los ciudadanos no en esferas, sino en partidos, a este género de hombres los llaman conservadores.

Es admirable, y casi podríamos decir milagroso, el ver cómo un círculo en España ha podido mantenerse incólume a través de tantos avatares y conmociones de tipo social, en el transcurso de un siglo. El Círculo se ha ido adaptando a las exigencias sociales de cada época, pero sin perder por ello su esencia primitiva, y, así, la historia de este Círculo podemos dividirla en tres épocas. La fundacional, en la que se tiende a agrupar a una categoría social restringida: época aristocrática. La segunda época se inicia con los grandes ingresos, y su signo es que en ella desaparecen los sombreros de copa. El último sombrero de copa superviviente es el de don Nicolás de la Fuente Arrimadas, pero ya un sombrero de copa triste, despeinado, y sin brillo; un sombrero que sabe que está condenado a morir: época de las grandes reformas; y, finalmente, la última época, que es cuando el Círculo abre sus puertas francamente a la juventud, y no solamente a la juventud masculina, sino a la femenina, y en sus venerables ámbitos se hacen habituales las músicas, las danzas y los idilios. A esta época podemos llamarla la época del «jaz-band». Pero en esta evolución que, después de todo, no hace sino marcarnos el tono de toda la evolución de la vida española, el Círculo, en el fondo de sus viejas «peñas», aún conserva el sabor de la lejana vida de un siglo. He aquí los testigos de otra edad, los herederos de los primitivos fundadores que, con una acción inmanente, todavía prestan al Círculo el aliento y el calor de sus viejas ideas, y sus viejas costumbres. Y por eso vive el Círculo. Porque la vida es cambio y renovación, pero es

también continuidad. Cuando la continuidad se interrumpe, se acaba la vida. Permitidme, pues, rendir un homenaje a estos viejos consocios que mantienen en torno suyo todas las resonancias del pasado del Círculo. Por ellos, y solamente por ellos, podemos celebrar el Centenario y podemos sentir nuestro Círculo como una entidad histórica, que conserva los ecos del pasado, como esas caracolas que llevan dentro de sí los ecos y rumores del mar. Pero este rumor sólo podemos percibirle e interpretarle ayudados por la nostalgia. La nostalgia es como la calina, surge siempre en la lejanía. Aquí habrá algunos consocios con medio siglo de casino. A éstos les corresponde por lo menos la mitad de esta conmemoración. Yo no recabo este honor para mí, aunque cuento con cuarenta años de casino, que ya está bien.

Yo entré en el Casino en la primera hornada de estudiantes que fueron admitidos en la Sociedad, porque anteriormente nadie era socio del Casino sin haber terminado la carrera. Ya se pensó entonces que a la severa institución la convenía un poco de aire juvenil. Los que constituimos el pequeño grupo de juventud, que me atrevo a decir que capitaneaba Federico Santander, algo mayor que nosotros, pero que ya en aquella época apuntaba sus grandes condiciones sociales, con su frac de faldones de ala de pichón, al que adornaba con una gardenia blanca, y sus perfectas actitudes de casinista, en aquel casino de entonces, servíamos para definir de una manera concluyente las jerarquías de la edad. Un joven, en aquella época, no intervenía jamás en la conversación de las personas respetables, ni intentaba sentarse con ellas en torno a la mesa de juego, ni se atrevía a hablar alto, ni a reír con estrépito en el lugar donde ellas estuviesen. Si alguna vez, de una de estas «peñas» de proyectos nos llamaban para preguntarnos alguna cosa, permanecíamos de pie, y no bien habíamos contestado a la pregunta, desaparecíamos, no sin haber hecho una respetuosa inclinación. Quizá todo esto parezca hoy arqueología,

pero yo lo exhumo para que se sepa la categoría que entonces dábamos los jóvenes a un Senador vitalicio, a un Magistrado, o a un General. Y es, quizá, que concedíamos una gran importancia a las funciones inherentes a la madurez y a la senectud, en compensación a la importancia que ellos daban al fenómeno maravilloso del espíritu, la gracia y la locura juveniles. A lo que Zorrilla llamó en su famoso «Tenorio», la insensata juventud.

Procurábamos rehuir en el casino el encuentro con los catedráticos, aunque había alguno, joven entonces, don Laureano Canseco, que nos buscaba a nosotros, y gustaba departir con nosotros, con la superioridad que le daban su cultura y su ingenio. Casi me atrevo a decir que su cátedra más sustanciosa estaba en el casino. ¡Don Laureano, gran conversador, gran noctámbulo, gran bebedor de cerveza, y gran casinista! Un día me preguntó a mí en la cátedra de Filosofía del Derecho, que él explicaba, algo sobre la doctrina del Pacto Social, materia en la que yo no estaba muy fuerte. Y procuré salir del paso con una divagación en la que ya apuntaban mis aficiones periodísticas. —¿Dónde ha aprendido Vd. todo eso, me preguntó Canseco?—. Y yo, ingenuamente, le respondí: —En el casino. —Muy bien, dijo Canseco, en el casino es donde todos hemos aprendido las cosas más interesantes que sabemos. No puede haber ningún hombre notable en cualquier actividad intelectual, sin que haya cursado unos cuantos años de casino.

En realidad, entonces, a los jóvenes casinistas nos gustaba más el café, nuestra «peña» de café, que el casino. Pero algo había en el casino que era de nuestra incumbencia exclusiva: Las grandes fiestas y bailes, «los asaltos» que, teóricamente, eran sorpresas, y el merodeo en torno a los balcones, los días procesionales. Las grandes fiestas, con cotillón, cuando llegábamos al casino con los vestigios, sobre el frac, de las serpentinas y el confetti del teatro, cuando sobre el gran salón se tendía una alfombra blanca, y hacíamos los honores de la casa dirigidos por

Presidentes de la silueta mundana de don José Reynoso, apurando las fórmulas urbanas que eran entonces una ciencia de alta sociedad. Y en el intermedio, el ofrecimiento de helados y dulces, sobre cuyas bandejas nadie se abalanzaba. A todo esto en aquella época se llamaba urbanidad; y claro está que no era concebible un círculo selecto sin que rindiere culto a estas fórmulas sociales, que prestaban a las personas la categoría y el tono de su círculo. Todo esto se ha ido sacrificando en aras del Progreso; y conste que al ofrecerlos yo estos recuerdos, no lo hago con ánimo de sustentar una tesis, sino, simplemente, con el de ofrecerlos una página histórica.

Después, año a año, hoy me parece a mí que rápidamente, fuimos convirtiéndonos en personas mayores, con todas las prerrogativas que el casino concedía a las personas mayores, y no una breve charla, sino un copioso libro de recuerdos sería insuficiente para agotar el anecdotario del casino, que pudiera fijar los hechos, los hombres y los días de nuestro tiempo.

Un viejo casino en una ciudad representa un maravilloso resumen humano. Para los maduros y provecos, un triste resumen humano, porque llega un momento en el que los muertos tienen mucha más importancia que los vivos, y las estancias del casino se convierten en ámbitos de sombras familiares, cada una de las cuales tiene el lugar que la corresponde. ¿Dónde estarán los espejos del primitivo Círculo, que tenía el empaque de un lujoso palacio isabelino? ¿Qué imágenes reflejarán ahora esos espejos? ¡Ah! si aún estuvieran entre nosotros, podríamos descubrir en su fondo infinidad de figuras y semblantes superpuestos, porque en los espejos de los casinos, como en los espejos de los viejos cafés, van quedando retenidas por el vapor de las conversaciones y el humo de los cigarrillos, todas las imágenes habituales, así como en el fondo de las lagunas quedan los cuerpos de los suicidas. Pero hoy vivimos en un casino sin espejos; los hombres pasan sin desgastarse uno y otro

día en fugitivas imágenes; y es que el ritmo de la vida de nuestros hijos apenas deja espacio y lugar para almacenar recuerdos, para volver los ojos al pasado, para dejar en el alma ideas, emociones y sentimientos que, un día, depositen en el fondo un poso de melancolía, y emanen en la superficie una niebla de nostalgia.

Yo recuerdo de niño haber entrado en el salón del viejo casino, con sus alfombras, chimeneas de mármol, consolas doradas, candelabros, arañas... un día del Corpus, para ver la procesión. Entonces el casino era la quintaesencia de la elegancia y el buen tono. Aún en las jambas de las puertas se apoyaban siluetas románticas, con barba, levita y flamantes corbatas de plastrón. Quizá aquel día el ambiente del casino ejerció sobre mí una extraña atracción, que tenía los caracteres de un presentimiento. Desde entonces, ¡cuántas palabras perdidas, cuánto humo disipado, cuántas fortunas dilapidadas, cuántos hombres muertos! En este observatorio permanente de tantas debilidades y de tanta vanidad, infinidad de hombres llegaban, se detenían en una actitud teatral, y desaparecían para no volver. Porque en un casino por el que, generalmente, se desliza con placidez la comedia de costumbres, no puede eludirse, en unos casos, el sainete, y, en otros, el drama.

En cualquier actividad de la vida lo importante es tener personalidad. Lo que, modernamente, se llama estilo. Pues bien, en estos casinos debiera existir una galería de retratos, en la que quedara el recuerdo de los casinistas auténticos, de los que, por uno u otro motivo, han fijado en el ámbito del casino su personalidad. Porque en el casino se han dado personalidades verdaderamente geniales. Unos por su prodigalidad, otros por su ingenio, otros por su actitud cínica, otros porque han sabido convertir el ocio en un penoso trabajo, otros por la respetabilidad de su figura, o por la extravagancia de sus maneras y atuendos. Incluso la picaresca del casino es interesante. ¡Qué duda tiene que es digna de perpe-

tuarse en un retrato hasta la técnica de llevarse a casa las revistas ilustradas o las pastillas de jabón, y de arrancar sin que nadie lo vea los mapas del enciclopédico! Porque si un casino no derrochase genialidad en todas las manifestaciones de la vida, no sería, como es, un resumen del mundo.

He aquí a un Calvo Alaguero, con el primer automóvil monumental que llegó a Valladolid, con el que se batió el record de hacer un viaje a Madrid en tres días; un Manolo Herrero que nos obsequió con las emociones de una primera ascensión en globo; un Juanito Pombo, genial silueta de la prodigalidad, especialista en propinas, con su aspecto de hombre inmutable, acorazado para todas las emociones; un Andrés Arévalo, imagen del hombre efusivo, alegre, undivago, ofreciéndonos sobre él la rueda de la fortuna, todas las fases de su inconstancia... Y un Rafael Sánchez Cueto, suave y ceremonioso, con un pañuelo blanco en la mano, taurómaco y melómano, como buen representante de la casa Ricordi. Eran los días tumultuosos del tercer piso, en los que el viejo Martín circulaba apretando una caja de madera sobre el pecho, y el eco repetía por todos los ángulos la palabra, Ramón. Y como grandes satíricos de este ambiente de disipación y prodigalidad, Camilo Longa, figura de gran señor, maestro en profundas sentencias, y Nicolás Polo, que ha llegado a nuestro tiempo, que pisaba como los marinos en un barco, y siempre llevaba en su cartera algún recorte de periódico que demostraba su sentido crítico. Tertulias de madrugada hasta apurar las cenas de última hora, en las que se hablaba de lo humano y lo divino, y por las que pasaban rápidamente figuras como la del Doctor Eguren, gran intérprete del «Tenorio», o la de Rodrigo Campomanes con sus pintorescos relatos de Filipinas, o la de Pepe Vela, caústico comentarista de la actualidad, siempre con la réplica ingeniosa en la punta de la lengua. ¿Y cómo eludir de esta galería figuras respetables como la de don Calixto Valverde, una silueta cam-

pesina dentro de cuyas maneras reposadas y toscas, vivía el sesudo jurista y el solemne senador: y la de don César Mantilla, filólogo, profesor y noctámbulo, y la de don Nicolás de la Fuente Arrimadas, rápida y nerviosa, paseando con su levita y sombrero de copa a lo largo del salón, en espera de la gran partida de ajedrez con Paco Gómez Díez, el «Tío Moro» como familiarmente le llamábamos. Partida que era aún más que una partida de juego un espectáculo dialéctico, en torno del cual se formaba una muralla de mirones; o la figura del señor Carro, vigilante perpetuo del Casino, que cuidaba de todos sus accidentes con fórmulas rígorosas de administración, como si fuese finca que hubiésemos de legar íntegra a nuestros hijos... Y tipos de rara originalidad como el de don Serafín, tan amable, suave y urbano, moviéndose sin fijeza de un lado para otro, con sus grandes americanas de mangas largas y sus rígidos puños almidonados; o el profesor don Mariano Abad, tan lento, reposado y peripatético, con su descuido indumentario y su sonrisa de hombre perpetuamente distraído. Y, ya en nuestros días, el señorío rural de Pepe Cantalapiedra, siempre con una bondadosa sonrisa en los labios, y aun en los ojos, que al final de su vida se ve arrollado por la pasión futbolística... Y el recuerdo de los viejos servidores, de Valentín, sumergido en un océano de abrigos, que conocía a todos los socios por sus bastones; de Martín, ceremonioso; de Ramón, risueño, que disimulaba su gordura con la agilidad; del viejo Anselmo, ya en los últimos años de su vida, sentado en un alto taburete para contar nuestras carambolas; del lento y reposado Prada, que fué subiendo categorías y llegó en nuestro tiempo a Conserje, descubriendo en su sonrisa un poco escéptica, toda una filosofía del Casino. De esta época aún le quedan al Casino servidores a los que me complazco en rendir un homenaje. Mariano, Domingo, Paulino, Valmaseda... Son muchos años de convivencia para olvidarlos, y, más que esto, son los representantes de un tono de vida que aún

perduraba a principio de siglo, que establecía una solidaridad afectiva entre el señor y el criado, en un admirable equilibrio de jerarquías.

Quizá a mis contemporáneos, y a los que son más viejos que yo, este resumen de recuerdos les haya producido más bien tristeza que alegría. ¿Pero cómo tratar con humor una conmemoración de cien años, la mitad de cuyo tiempo la hemos vivido?

Posiblemente, se me eligió a mí para hacer este recuento, no por otra cualidad que la puramente afectiva. Porque yo he sido un casinista constante, diario, casi me atrevería a decir contumaz. En mis ausencias y viajes, en los países y ciudades más lejanos, siempre había una hora de recuerdo en que yo me preguntaba: ¿Qué harán en el casino? E imaginativamente, iba reconstruyendo la escena. En el casino tenía y tengo los amigos más entrañables, y, en torno a ellos, fui formando mi vida y mis ideas, y también mi culto a la amistad, que es el único afecto desinteresado que nos ofrece la vida.

Cuando después de una ausencia regresaba, al asomarme de nuevo al casino sentía la impresión más grata que puede ofrecernos la vida: la de que el tiempo no había pasado. Allí estaban todos en el lugar que los dejé, y sosteniendo la misma conversación que quedó pendiente al marcharme.

¡Ah! sí, por los casinos, aparentemente, no pasa el tiempo, y, sin embargo, en todos ellos hay un viejecito que se ha quedado solo, sin amigos, y que vaga de un lado a otro, como una sombra, buscando algo que no puede encontrar, el tiempo perdido, las voces y los semblantes perdidos...

Que mis palabras no os hayan fatigado. Y preparémonos todos, los jóvenes y los viejos, a ver a través de estas vidrieras por las que se desliza la vida lenta y sencilla de Valladolid, cómo se aproxima al Casino el segundo centenario.

